

AGOSTINO MOLteni

MISERICORDIA

Una economía provechosa



EDITORIAL
UNIVERSIDAD CATOLICA
DE LA SANTISIMA CONCEPCION

AGOSTINO MOLteni

MISERICORDIA

Una economía provechosa

EDITORIAL
UNIVERSIDAD CATOLICA
DE LA SANTISIMA CONCEPCION

EDITORIAL UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE LA SANTÍSIMA CONCEPCIÓN

Alonso de Ribera 2850
Concepción, Chile

Web.site:

<http://www.ucsc.cl/vinculacion/editorial/>

mail: editorial@ucsc.cl

Autor: Agostino Molteni

ISBN 978-956-7943-69-2

Primera Edición: Agosto 2016

Impresor: IMPRESOS VALVERDE

Impreso en Chile – Printed in Chile

Fotografía portada: Rembrandt Van Rijn – año 1633
“El buen Samaritano”

Diseño: Myra Publicidad

Derechos Reservados

Al padre Antonio Borghi (1877-1959),
el párroco que, con el bautismo, me ha
introducido en el *opus misericordiae* de Cristo
y a mi abuela paterna Enrichetta (1892-1979),
“analfabeta” y culta
que me ha enseñado a pensar
bajo una higuera llena de frutos.

INTRODUCCIÓN

En este año dedicado por la Iglesia al Jubileo de la Misericordia, hemos pensado en su *sentido* (entendido como movimiento).

No existe platónicamente “La Misericordia”, con una esencia y sustancia a priori ontológicamente misericordiosa.

También para ella, vale el pensamiento (hebreo) de Cristo: el árbol se conoce y juzga por los frutos. La misericordia se conoce y juzga por sus frutos. Sólo si estos frutos son buenos, si producen beneficios universales, puede haber una misericordia *sana* y no patológica.

En este sentido, hemos subtulado nuestro pequeño libro: *Una economía provechosa* y hemos intentado mostrar los *frutos beneficiosos* de la *inversión* que es la misericordia.

Por eso, como se verá, hemos preferido hablar del *acto* de misericordia (*opus misericordiae*), del “trabajo de misericordia”, como lo llamaba Tomás de Aquino para que, de este modo, la “misericordia” no sea pensada como idea platónica que existe desde siempre y que, sin embargo, no acontece jamás. A este propósito, la fe cristiana *sana* justamente ha preferido siempre hablar de las “*obras* de misericordia”.

Este pequeño libro contiene simplemente *crónicas*, es decir, dice lo que hemos visto en aquellos que nos han enseñado un *pensamiento sano* sobre el acto de misericordia.

Son propiamente *crónicas laicas*, ya que son responsabilidad del pensamiento del individuo. Crónicas, por tanto, que no requieren ninguna autorización exterior para ser pensadas.

Después de mostrar, muy sintéticamente, lo que está *en el principio* del acto misericordioso, hemos elegido tres crónicas patológicas de los Padres que nos han ayudado a pensar la misericordia según la Tradición de la Iglesia. En seguida, hemos querido pensar el *opus misericordiae* relejendo autores literarios “laicos” que hemos puesto en un orden cronológico. En el apéndice hemos señalado la “misericordia” en otras expresiones artísticas.

Hemos llegado así a reconocer el *opus misericordiae* como una lógica “laica”, jurídico-económica.

Agradezco al Instituto de Teología, a la Universidad Católica de la Santísima Concepción y a su Editorial que han hecho posible la publicación de estas crónicas.

Agradezco a todos los amigos que en estos años pasados en Italia, en Brasil y en Chile, han nutrido estos pensamientos, tal vez, no *clerically correct*.

Un agradecimiento especial para el Padre Rodrigo Briones, para David Solís y Ronald Sanhueza quienes han revisado el texto mostrándome una vez más su amistad.

I

EN EL PRINCIPIO...

EL PENSAMIENTO HEBREO

La misericordia generadora

El pensamiento hebreo del Antiguo Testamento es jurídico-económico, es la crónica de una *Alianza* entre Dios y un *partner* elegido, los hombres de las tribus de Israel.

Un ejemplo es la celebración del “jubileo”. La tierra de Israel había sido dada por Dios en *herencia y usufructo* al pueblo hebreo. Cada cincuenta años (el año del jubileo), venían rescatadas las propiedades vendidas (Lv 25, 24-28). Se remitían las deudas (en el *Padre nuestro*, el pensamiento hebreo de Cristo, se reza: “Remite nuestras deudas como nosotros remitimos las de nuestros deudores”). Además, quien había caído en miseria y había tenido que renunciar a su libertad, en el año del jubileo podía volver a casa, podía volver a poseer su libertad y su tierra.

Para el pensamiento hebreo, la misericordia es *rehem* que indica no sólo el útero materno, sino la capacidad generativa del padre. Un ejemplo de este último significado es el Salmo 103: “Como un padre experimenta misericordia (*rhm*) con sus hijos, así Dios tendrá misericordia para aquellos que lo temen”.

Así, la misericordia, para los hebreos, no tiene su sede en el corazón como dice la traducción latina (*miseri-cordis*: “el corazón para los miserables”).

El hebreo *rehem*, en el Nuevo Testamento, es traducido en griego con el verbo *splanchnízomai* que tiene en su base los *splánchna* que no son sólo las entrañas maternas, sino la *capacidad generadora del padre*.

Por tanto, la misericordia, para el pensamiento hebreo no es nada de instintivo, emocional, innato. Es una capacidad que se actúa en la generación (y re-generación) de un *partner*, de un socio (es el sentido de la *Alianza* bíblica).

*No soy un exégeta. Aquí recuerdo sólo lo que me enseñó en el seminario de Trieste, mi querido profesor de Escritura, Mons. Pío Vincenzi (q.e.p.d.)

EL SAMARITANO

Misericordioso, pero no a priori

Vivimos en tiempos de “misericordismo”, ya sea entendido como instinto ontológico presupuesto que cada uno debería poseer como ley natural pre-escrita, ya sea como deber kantiano que sería necesario para ser aceptados universalmente.

Para entender en su *sentido* (es decir, “dirección hacia...”, *one way*) qué es “misericordia” volvemos al mismo *sentido* (¡movimiento!) de la encarnación: el Hijo se ha hecho hombre ante todo para tomar posesión de la herencia que el Padre le había puesto en sus manos (*Jn* 3,35). Con la encarnación-redención, Cristo ha sanado-salvado al hombre, es decir, ha re-constituido con él una *oeconomia salutis* (así llamaban el acontecimiento cristiano los primeros Padres) en la que el hombre pudiera volver a ser (como al inicio, en el Paraíso) *socius* sano para la producción de beneficios universales (este es además el sentido de los milagros de Cristo). El acontecimiento cristiano, la existencia cristiana es *oeconomia salutis*, bien lejos de su reducción idealista a Teoría ya hecha (*tout fait*, diría Bergson) lo que se demuestra en el aburrido término “cristianismo”.

La “misericordia”, mejor, el *opus*-trabajo *misericaordiae* (como lo llamaba Tomás de Aquino) está claro en la parábola del Samaritano

(Lc 10, 30-35) que no es bueno a priori, no es, ontológicamente, el “buen” samaritano.

El Samaritano (que es Cristo) es un hombre rico económicamente (cf. san Pablo: *Ef 2,14*), un “laico”, es decir un hombre competente del universo entero que es su herencia. Encuentra *por casualidad* un hombre apaleado, es decir, el Samaritano no tiene la fijación cristiana moderna de ayudar-socorrer-hacer el bien, no es un “cazador de desvalidos”, no es un “profesional del entusiasmo” (Cesare Pavese) movido por la solidaridad, no es un filántropo: no tiene atributos ontológicos “buenos” (en el Evangelio no se dice que *es* “bueno” a priori). Sólo *por casualidad* encuentra un hombre reducido en una mala economía.

Encontrando este hombre medio muerto (en “bancarrotta económica”) y mirándolo como *socius* de su herencia universal, el Samaritano *invierte* dinero y tiempo para re-constituirlo como socio activo para la producción de beneficios universales. El Samaritano lo re-constituye en una economía sana, productiva, según una ley económica y jurídica que es *patrimonial*: cada hombre es *patrimonio* del Padre y por eso “posesión” suya, es su beneficio, es puesto en las manos de Cristo por el Padre (*Jn 3,35*: “El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano”). El “Samaritano” (Cristo), es alguien que posee el

universo entero entendido como *patrimonio* (siendo Hijo del Padre es heredero), entendido como herencia y espera beneficios de este *patrimonio* universal en cada uno de sus puntos. Por eso, está personalmente interesado en restablecer las condiciones de riqueza y producción allí donde fueron disminuidas. Por eso invierte recursos (“aceite, vino”), dinero (“dos monedas”), moviliza a otros (“el animal que traía”, el posadero) para restablecer *plenamente* (“Cuídalo”, dice al posadero “y si gasta algo más te lo pagaré a mi vuelta”) las condiciones de riqueza y producción del hombre-socio.

El samaritano es *suplemento* de *partnership*, no *complemento* (no completa lo que le falta al otro); *es suplemento* de beneficio económico para el otro hombre. Esto es propiamente el *opus*, el trabajo, de la misericordia: un *surplus* de justicia (“si gastas más...”). El “Samaritano” es cualquier hombre-laico cuando asume en sí mismo la “ley paterna-*patrimonial-universal*” del beneficio de todos.

No existe el “prójimo” ontológicamente ya-hecho. El amor no es amar al prójimo, sino *producirlo como prójimo*. El prójimo es el *partner-socius*. No se nace “prójimo”, el hombre “se hace” prójimo-socio-*partner*. La misericordia es *opus-trabajo*; este trabajo consiste en producir, *regenerar* al otro como socio.

En este sentido, el prójimo de que habla la “parábola” no es el desvalido-enfermo-pobre; es el Samaritano que se hace prójimo, es decir, que se hace partner de una *partnership* económico-jurídica, imputable por sus frutos. El “prójimo” no está ya hecho (no es el que está al lado: mentalidad griega estática); el “prójimo” se produce con un “trabajo” de misericordia que es propiamente económico.

Este acto de producción de *partnership*, es el *opus* (trabajo) *misericaediae*. De este modo, el Samaritano es el “buen Samaritano” por sus buenos frutos (no tiene instintos-mecanismos-ley natural misericordiosos-amorosos a priori). El Samaritano-prójimo (como el famoso árbol de que hablaba Cristo), se reconoce por sus frutos producidos por el trabajo, por el *opus misericordiae*.